



HOMILÍA DEL SR. OBISPO DE OSMA-SORIA MONS. GERARDO MELGAR VICIOSA

Homilía en la Santa Misa del VI Domingo de Pascua – Pascua del enfermo Iglesia de San Juan de Rabanera (Soria) – 29 de mayo de 2011

Mis queridos hermanos:

Estamos celebrando el VI Domingo de este gozoso Tiempo de la Pascua. Además, hoy, celebramos en la Iglesia en España la Pascua del enfermo con el lema "*Juventud y salud*". El *slogan* para esta Jornada nos hace poner los ojos en torno a cómo se enfrenta el joven a los acontecimientos fundamentales de la vida, la salud y la enfermedad, la vida y la muerte, el sufrimiento y la curación, en este año en el que celebraremos, Dios mediante, la Jornada Mundial de la Juventud.

Para los jóvenes -como para todo ser humano- la salud es algo verdaderamente importante; sin embargo, encontramos en ellos algunas actitudes contradictorias al confiar su salud, por ejemplo, a los grandes avances de las ciencias médicas pero -al mismo tiempo- no sintiéndose totalmente responsables del cuidado de su propia salud.

La Iglesia debe ayudar a los jóvenes a vivir la vida de forma sana y responsable; debe estar cerca de ellos y ayudarles a afrontar las diferentes situaciones relacionadas con la salud y la enfermedad, y a vivirlas como posibilidad de crecimiento y maduración; sí, la Iglesia debe suscitar en los jóvenes la sensibilidad y reavivar en ellos la solidaridad hacia las personas enfermas.

La enfermedad, el dolor y el sufrimiento -lo sabemos bien- son siempre experiencias personales cargadas de misterio; un misterio tantas veces difícil de aceptar y de sobrellevar, mucho más cuando quien se ve "atrapado" por la enfermedad es un joven. Pero a nosotros, Jesucristo y su mensaje nos ayudan a vislumbrar desde la fe el sentido de la vida, de la salud y de la enfermedad. Jesús no pasó de largo ante los enfermos; sabemos que se acercó a ellos y les dedicó una atención preferente.

Los jóvenes, además de tener necesidad de atención cuando están enfermos, tienen un gran potencial interior para ayudar a los que sufren. Hoy, muchos no sienten agrado al oír hablar de la muerte y del morir, especialmente en un momento de la vida -como es la juventud- en el que esa resplandece de manera singular. Sin embargo, también los jóvenes deben pensar en la realidad de la muerte; realidad que se hace presente en su vida o en la de sus amigos o en la de sus familiares, y que impacta en ellos con fuerza y les remueve por dentro, provocando reacciones, suscitando preguntas e interrogantes importantes.

A Jesús no le deja indiferente la muerte y por eso llora la muerte de su amigo Lázaro, por ejemplo (cfr. Jn 11) Mirar la muerte a la luz de Jesucristo, Dueño de la vida y Vencedor de la muerte, ayuda a vivir plenamente la vida y a valorarla y

agradecérsela al Señor como un don que ha de realizarse desde el agradecimiento y la alabanza, sabiendo acompañar a quienes ríen, gozan y, sobre todo, sufren y necesitan de alguien que les tienda la mano y les consuele y ayude a comprometerse en el combate por lo que aquí y ahora está ocasionando muerte: hambre, violencia, guerras, etc.

En este día quiero recordar a todos los cristianos de la Diócesis que la atención preferente, el cuidado esmerado y el servicio solícito a los enfermos deben estar en el centro de las comunidades parroquiales y de cada uno de nosotros, como lo estuvo en la vida de Jesús, que recorría las aldeas predicando el Evangelio del Reino y curando a los enfermos (Cfr. Mc 1, 21-45).

Para nosotros, los enfermos deben ser la viva imagen del Señor. Ellos y su enfermedad “esconden” un auténtico potencial de gracias pues, ofreciendo sus dolores a Dios como sacrificio de holocausto, son un tesoro para nuestras comunidades y una fuente de vida sobrenatural para la Iglesia.

La Pascua del enfermo es para la Iglesia -y queremos que lo sea también para toda la sociedad- una ocasión magnífica de reconocer y agradecer el trabajo de los profesionales de la salud; de prestarles atención en sus necesidades y acompañarles en su tarea, y de enriquecernos con sus aportaciones porque son custodios y servidores de la vida humana, bien primario y fundamental de la persona.

La humanización del mundo de la salud debe ofrecer a los profesionales de esta área la posibilidad de reconocer el sentido último de su trabajo, descubriendo y apreciando los valores éticos y espirituales del mismo. En el ejercicio clínico, en su trabajo burocrático o en sus decisiones administrativas siempre han de estar presentes los valores humanizadores de la caridad, de la solidaridad, de la compasión, del respeto y de la justicia. Nuestra fidelidad al Evangelio de la vida y de la salud nos lleva a ayudar a las personas a vivir su propia existencia de la manera más humana, cultivando la salud en todas las dimensiones de la persona.

Pero no olvidemos tampoco que los propios profesionales de la salud viven también la experiencia de la enfermedad y de la fragilidad “en sus carnes”. Muchos son “sanadores heridos”, que necesitan -como todos- cercanía, respaldo, apoyo y ayuda para vivir sus experiencias de forma sana y saludable.

Que el Señor os conceda, queridos hermanos, la paz del corazón, fruto de la Pascua; la alegría que es consecuencia de la buena conciencia; la paz y la alegría redoblada que es premio para aquellos que hacen de su vida una ofrenda de servicio generoso a sus hermanos.

Termino con la oración de la comunidad por los profesionales: *“Te damos gracias, Señor, por los ojos que miran; las manos que cuidan, limpian y acarician; la voz que acompaña y anima; los oídos que escuchan lamentos, tristezas y gozos. Señor, traemos ante Ti a los Profesionales, los que cuidan nuestra salud, y a cuantos están al lado de los enfermos: llénalos de tus dones; dales acierto y fortaleza; a los que acompañan en el dolor y el sufrimiento: hábitalos con tu presencia. Que todos*

cuantos cuidan y están cerca de los enfermos, Señor, sean portadores de tu amor al servicio de la vida". Amén.

✠ Mons. Gerardo Melgar Viciosa
Obispo de Osma-Soria